

www.elboomeran.com

Alessandro Baricco

Tres veces  
al amanecer

Traducción de Xavier González Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Tre volte all'alba  
Giangiaco Feltrinelli Editore  
Milán, 2012

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* foto © María Jou Sol

*Primera edición:* noviembre 2013

© De la traducción, Xavier González Rovira, 2013

© Alessandro Baricco, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7879-0

Depósito Legal: B. 21739-2013

Printed in Spain

Liberdúplex, S.L.U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

## NOTA

En la última novela que escribí, *Mr Gwyn*, se alude, en un momento dado, a un breve libro escrito por un angloindio, Akash Narayan, titulado *Tres veces al amanecer*. Se trata naturalmente de un libro imaginario, aunque en los imaginarios sucesos allí relatados desempeña un papel en modo alguno secundario.

El hecho es que mientras escribía esas páginas me entraron ganas de escribir también ese pequeño libro, un poco para darle una leve y lejana secuela a *Mr Gwyn* y otro poco por el puro placer de ir en pos de una idea determinada que tenía en la cabeza. Así que, tras terminar *Mr Gwyn*, me puse a escribir *Tres veces al amanecer*, algo que hice con sumo gusto.

Ahora *Tres veces al amanecer* ya está en las librerías y tal vez no resulte inútil dejar claro que puede ser leído por cualquiera, incluidos los que nunca han tenido en sus manos *Mr Gwyn*, porque se trata de una historia autónoma y completa. Eso no impide, de todas formas, que en su primera parte mantenga lo que *Mr Gwyn*

prometía, es decir, una mirada más respecto a la curiosa historia de Jasper Gwyn y de su peculiar talento.

ALESSANDRO BARICCO,  
*enero de 2012*

*A Catalina de Médicis y al maestro de Camden Town*

Estas páginas relatan una historia verosímil que, sin embargo, nunca podría suceder en la realidad. Narran de hecho la historia de dos personajes que se encuentran tres veces, aunque cada una de ellas es la única, y la primera, y la última. Pueden hacerlo porque habitan un Tiempo anómalo que inútilmente buscaríamos en la experiencia cotidiana. Lo establecen las narraciones, de tanto en tanto, y éste es uno de sus privilegios.

Uno

Allí estaba el hotel, de una elegancia algo deslucida. Probablemente en el pasado pudo mantener ciertas promesas de lujo y distinción. Tenía, por ejemplo, una hermosa puerta giratoria de madera, un detalle que siempre predispone a las quimeras.

Fue por allí por donde entró una mujer, a esa extraña hora de la noche, pensando aparentemente en otra cosa, recién bajada de un taxi. Vestía un traje de noche amarillo, bastante escotado, y no llevaba siquiera un chal sobre los hombros: aquello le daba el aspecto misterioso de alguien a quien le ha pasado algo. Tenía de suyo elegancia en su movimiento, pero también parecía una actriz que acabara de entrar a los bastidores, liberada de la obligación de actuar y de retorno a su ser, más sincero. Tenía así una forma de caminar un sí es no es cansado, y de sujetar su minúsculo bolso casi abandonándolo. Ya no era muy joven, pero esto le sentaba bien, como sucede a veces a las mujeres que no han tenido nunca dudas sobre su belleza.

En el exterior, reinaba la oscuridad que precede al amanecer: ni de noche ni de día. El vestíbulo del hotel permanecía en su inmovilidad, elegante en los detalles, limpio, suave: cálido en sus colores, silencioso, bien colocado en el espacio, iluminado de reflejo, las paredes altas, el techo claro, libros sobre las mesas, cojines bien rellenos en los sofás, cuadros enmarcados con devoción, un piano en una esquina, unos pocos textos necesarios, el tipo de letra nunca utilizado al azar, un péndulo, un barómetro, un busto de mármol, cortinas en las ventanas, alfombras en el suelo –la sombra de un perfume.

Dado que el portero de noche, colocada la americana en el respaldo de una pobre silla, estaba durmiendo en el cuartito de al lado un sueño ligerísimo del que era un maestro, nadie habría visto a la mujer entrando en el hotel de no haber sido por un hombre sentado en una butaca, en un rincón del vestíbulo –irracional, a esa hora de la noche –que la vio y, entonces, cruzó la pierna izquierda sobre la derecha, cuando antes era la derecha la que se apoyaba sobre la izquierda –sin razón. Se vieron.

Parecía que iba a llover, pero al final no ha llovido, dijo la mujer.

Sí, no se decide, dijo el hombre.

¿Está esperando a alguien?

¿Yo? No.

Qué cansancio. ¿Le molesta que me siente un momento?

Faltaría más.

No hay nada para beber, por lo que veo.

No creo que sirvan el desayuno antes de las siete.

Quería decir alcohol.

¡Ah, eso! No lo sé. No lo creo, a estas horas.

¿Qué hora es?

Las cuatro y doce.

¿En serio?

Sí.

Esta noche no se va a acabar nunca. Me parece que empezó hace tres años. ¿Qué hace usted aquí?

Estaba a punto de marcharme. Me tengo que ir a trabajar.

¿A esta hora?

Ya ve.

¿Y cómo puede hacerlo?

No es nada, me gusta.

Le gusta.

Sí.

Increíble.

¿Usted cree?

Tiene usted aspecto de ser la primera persona interesante con la que me topo esta noche. Esta noche. En fin, es lo que hay.

No me atrevo a imaginarme a los demás.

Terribles.

¿Estaba en una fiesta?

Me parece que no me encuentro muy bien.

Voy a llamar al portero.

No, por favor.

Tal vez sería mejor que se echara usted.

Me quito los zapatos, ¿le molesta?

Ya ve usted...

Dígame algo, lo que sea. Si me distraigo, se me pasa.

No sabría qué...

Hábleme de su trabajo.

No resulta un tema muy apasionante.

Inténtelo.

Vendo balanzas.

Siga, siga.

Se pesan un montón de cosas, y es importante pesarlas con exactitud, de manera que tengo una fábrica en la que se producen balanzas, de todas las clases. Tengo once patentes, y... Voy a ir a llamar al portero.

No, se lo ruego, ese tipo me odia.

Quédese echada.

Si sigo echada voy a vomitar.

Incorpórese, entonces. Vamos, quiero decir...

¿Se gana mucho dinero vendiendo balanzas?

En mi opinión, tendría usted...

¿Se gana mucho dinero vendiendo balanzas?

No mucho.

Continúe, no piense en mí.

La verdad es que tendría que marcharme ya.

Hágame este favor, siga hablando un rato. Luego puede marcharse.

Se ganaba bastante, hasta hace unos años. Ahora no sé, debo de haberme equivocado en algún momento, pero no consigo vender nada. Pensé que se trataba de mis vendedores, de manera que me puse a viajar yo mismo, para vender, pero lo cierto es que mis productos ya no tienen salida, será que se han quedado anticuados, no lo sé, tal vez cuestan demasiado, por regla

general salen muy caros, porque se trata de productos hechos a mano, usted no tiene idea de lo que representa obtener la exactitud absoluta, cuando se trata de pesar algo.

¿Pesar el qué? ¿Manzanas, personas, qué?

De todo. Desde las balanzas para orfebres a las que son para contenedores, hacemos de todo.

¿En serio?

Por eso tengo que marcharme, hoy tengo que cerrar un contrato importante, no puedo en modo alguno llegar con retraso, me juego mi capital, si este asunto no me sale bien... ¡Maldita sea!

Mierda.

La acompaño al baño.

Espere, espere.

¡Eh, no!...

Mierda.

Voy a buscar un poco de agua.

Perdóneme, de verdad, perdóneme.

Voy a buscar un poco de agua.

No, quédese aquí, por favor.

Tenga, límpiese con esto.

Qué vergüenza.

No se preocupe, tengo niños.

¿Qué tiene eso que ver?

Los niños vomitan a menudo. Por lo menos los míos.

Ah, perdone.

Por eso no me asusta. Pero ahora sería mejor que subiera a su habitación.

No puedo dejar aquí todo este fregado...

Ya llamo yo luego al portero, usted suba a la habitación. Tiene habitación, ¿verdad?

Sí.

Pues, entonces, suba. Yo me ocupo de esto.

No estoy segura de acordarme del número.

El portero se lo dirá.

NO QUIERO VER AL PORTERO, ese tipo me odia, ya se lo he dicho. ¿Usted no tiene habitación?

¿Yo?

Sí.

Acabo de dejarla.

Lléveme allí, por favor.

Le he dicho que acabo de dejarla.

Bueno, y qué, ¿la ha incendiado?, seguirá estando ahí, ¿no?

Sí, pero...

Hágame este último favor, acompáñeme arriba, luego no le molestaré más.

Tendría que recuperar la llave.

¿Le parece que es algo tan imposible?

No, claro.

Entonces, hágalo, se lo ruego.

Si de veras... Quiero decir...

Es usted muy amable.

De acuerdo, está bien, venga.

Mis zapatos.

Sí, sus zapatos.

¿En qué piso está?

Segundo. Cojamos el ascensor.

Me fastidia dejar todo este fregado...

No piense en ello.